

Envejecer en Chile. Una mirada femenina

PAULINA OSORIO P.
Antropóloga



En la experiencia de las mujeres como envejecientes habría tres marcadores de edad social, que intervienen directamente en la construcción de su identidad femenina durante la vejez: la menopausia, la viudez y el trabajo. A continuación se analiza la experiencia en el mercado de trabajo de mujeres mayores y sus expectativas ante la jubilación y la propia vejez, en base a algunas categorías ordenadoras relacionadas con ser-mujer-envejeciente.

Ese proceso de construcción de identidad es tanto social como individual, en él entran en juego una serie de elementos y pautas de comportamiento, incorporadas por las mujeres mayores como expectativas ante su ser- mujer- mayor.

Demográficamente hablando, los últimos años han sido cruciales para el incremento del número de personas mayores en relación al total de la población, particularmente en el caso de las mujeres. Al 2005 la población estimada de personas mayores es de 1.814.125, de las cuales 1.023.456 son mujeres. De este modo, las mujeres mayores constituyen un grupo dominante en términos demográficos, dentro de su segmento de edad. Sin embargo, esta mayoría numérica no necesariamente se traduce en una mayor incidencia en determinadas toma de decisiones en torno a su persona, salud y transiciones vitales y sociales. Situación que debiera ir cambiando en los próximos años pues, al menos en términos numéricos, esa tendencia continuará. Al hacer una proyección al 2020, por ejemplo, las mujeres mayores en nuestro país podrían llegar a 1.658.834 dentro de una población general de 3.002.867 de adultos mayores.

La edad y la condición de hombre o mujer son partes integrantes de la identidad de las personas. Somos niñas, mujeres jóvenes, mujeres adultas y mujeres mayores. Pero también somos mujeres populares, mujeres urbanas, mujeres pobres o mujeres profesionales. Vale decir, hay una infinidad de elementos que se entrecruzan con nuestra edad, y con dimensiones que intervienen e interactúan en la constitución de una persona al interior de cualquier sociedad o grupo humano. Dentro de este marco, podemos afirmar que sí hay algo que caracteriza a las mujeres mayores a lo largo y ancho de Chile en el siglo *xxi* es su heterogeneidad y diferencias; y dentro de esta diversidad, la mayoría numérica. Sabemos que del total de la población en nuestro país, el 50.9% son mujeres, y en el caso de la población mayor de 60 años, esa cifra aumenta al 56.3%.

Sin perder de vista la diversidad sociocultural, en esta ocasión y dado el tema a tratar, me centraré en dos de ellos: la edad y el género. Ambos son realidades dinámicas y no estáticas a lo largo de la vida de hombres y mujeres, que actúan de forma inseparable, como elementos de la propia identidad en su interacción social e individual. En este marco, debemos observar el envejecimiento como un proceso que da cuenta de la articulación entre aspectos subjetivos de la mujer y "su ser social en un proceso de construcción histórica; entender la vejez como un estado, por esto mismo, resulta complicado: La entendemos más bien, como una construcción biográfica-individual e histórica-cultural". (Osorio; 2006)

Cada momento histórico y cada particularidad cultural aporta contenidos sociales a la biografía de cada mujer y la acompañan a lo largo de su proceso de envejecimiento. Esto nos permite comprender cómo desde esa identidad de ser-mujer-envejeciente se van tomando decisiones, enfrentando situaciones y definiendo estrategias; en el fondo, viviendo y experimentando transiciones vitales en una constante construcción del pasado sobre el presente, del presente desde el pasado, que da cuenta del envejecimiento como un proceso dinámico y complejo. De tal forma, las mujeres logramos una perspectiva general de nuestro curso de vida, interpretando un pasado, experimentando un presente y proyectando un futuro, un futuro cada vez más extenso como producto de una mayor longevidad.¹

La experiencia individual de tiempo y edad se configuran en base a los sistemas sociales de edad y tiempo: tiempo individual -tiempo familiar- tiempo social. Los tres están muy imbricados en el recorrido biográfico de mujeres maduras y mayores. Los cambios sociales y demográficos han generado nuevos patrones de vida familiar, social, profesional y personal en las mujeres maduras, y nuevas configuraciones y expectativas hacia la vejez en Chile. Por ejemplo, ser abuela a edad madura, ser bisabuela en la vejez. Por otra parte, "debemos considerar que la vejez no es sólo una realidad cronológica, sino también una realidad fuertemente ligada a experiencias en el paso del tiempo. Es, ante todo, una realidad social y experiencial".² (Osorio; 2006) Las mujeres mayores viven aprendizajes de construcción de identidad constante sobre la base de lo que han sido y de lo que les ha tocado vivir. Son conscientes de los cambios en las diferentes etapas vitales, sin negarse como envejecientes.

Los cambios acompañan a los seres humanos a lo largo de todo su ciclo vital. En las mujeres, desde la adultez a la vejez, y después de esta, la edad manifiesta una serie de mutaciones en relación a su significado social. Ahora bien, entre más viven —dada la feminización de la longevidad—, mayor es su posibilidad de cambio y diversidad hasta que esas diferencias se vayan equilibrando. Vale decir, que el inicio o la llegada de la vejez no necesariamente se traduce en la uniformidad y permanencia de un único estado. En sus vidas se van clausurando muchas cosas, en cuanto las pérdidas son una experiencia característica del envejecer de las mujeres. Pero también este envejecer las va abriendo hacia una gama de intereses, experiencias, prioridades y relaciones a medida que envejecen. Interesante resulta, por lo tanto, observar la continuidad y el cambio a lo largo de la vida de las mujeres para la comprensión de su proceso de envejecer.

Las principales transformaciones —demográficas, sociales y económicas— acaecidas en nuestro país en los últimos 100 años, han repercutido en la experiencia vital de las personas: la niñez dura cada vez menos, la juventud es cada vez más larga. Y la vejez no ha sido la excepción. Esta llega después y dura cada vez más. Las mujeres mayores comenzarán a protagonizar una vejez más preventiva. Al generar expectativas frente a lo que esperan que no sea la propia vejez, aparece con mucha fuerza la dependencia y ser una carga o preocupación para la familia más directa. El tema del deterioro se lo asume como natural y como parte del ciclo vital y de la última parte de este. Se sabe que llegará, aunque también son conscientes de que será mucho más tarde de lo que les pudo llegar a sus madres o abuelas, pues pertenecen a una generación con mayores esperanzas de vida y posibilidades de envejecer en mejores condiciones de vida y salud.

Cuando hablamos de longevidad necesariamente nos cruzamos con un tema de género. Primero, porque las mujeres viven más que los hombres. A pesar de que estadísticamente nacen más hombres en el mundo, estos no logran sobrevivir a las mujeres. Por lo tanto, la longevidad es una realidad experimentada principalmente por mujeres. Por ello estamos frente a una feminización social de la vejez. Frente a ella, Pérez (1999) postula la siguiente hipótesis: la revolución demográfica no sólo provoca una nueva distribución por edades y sexo en la estructura poblacional, sino también una nueva significación social de roles y relaciones de género en todas las edades. De tal forma que el cambio en la estructura por edad, afectará las dinámicas y funciones de hombres y mujeres y de todas las edades, las cuales se redistribuirán de acuerdo a nuevos modelos de ser mujer joven, mujer mayor, etc. Por lo tanto, más que ser una alarma y una hecatombe demográfica, la longevidad —en la realidad chilena— abriría nuevas posibilidades y mostraría nuevas potencialidades. En concreto, el autor entiende por feminización de la vejez que "las edades jóvenes y adultas se orientan cada vez más hacia comportamientos hasta ahora considerados 'masculinos', mientras las edades maduras y avanzadas experimentan una preponderancia creciente de aquellos otros hasta ahora considerados 'femeninos'". (Op. cit.; 1999: 1) Hace referencia también a la configuración de nuevos modelos de ciclos vitales en las mujeres. Curiosamente los cambios y la aparición de nuevos roles en las mujeres, no coexisten con cambios de igual magnitud en los roles y conducta de los varones. Los hombres seguirían orientando sus vidas y ciclo vital según las tradicionales funciones "masculinas". De tal forma, las mujeres mayores encarnan un nuevo modelo de femineidad, pero este es invisible e inadvertido a la luz de las transformaciones protagonizadas por las mujeres jóvenes en relación a los varones de su misma edad. La vejez ha sido históricamente vista como asexuada y lo mismo ocurre con las relaciones de género al interior de la edad mayor. Se generaliza y se pierden las diferencias y particularidades, homogeneizando a las personas mayores en un solo grupo de necesidades y experiencias de vejez.

En Chile, la feminización del envejecimiento se manifiesta también en el hecho de que los cuidados durante la vejez recaen en mujeres, siendo ellas, dentro de la estructura familiar, las principales cuidadoras: "las aportaciones de las personas ancianas mediante su

trabajo gratuito resulta hoy en día tan imperceptible como lo era hace 20 años el trabajo gratuito de las mujeres en el ámbito doméstico y en el del cuidado de otras personas". (Arber y Ginn, 1996: 24) En nuestro país, muchas mujeres envejecen siendo cuidadoras y aportando mediante su trabajo gratuito e invisibilizado de su rol de abuelas. Sobre todo en los sectores urbano-populares de nuestro país, hacen un incalculable aporte informal al mantenimiento y desarrollo de la familia y redes sociales de base. Estas abuelas han sido y son protagonistas y un gran apoyo en la crianza de muchos nietos, nietas y hasta biznietos y biznietas, cuando las hijas deben salir a trabajar. Vale decir, detrás de miles de mujeres jóvenes que se incorporan al mercado laboral —sea formal o informal— hay miles de mujeres mayores siendo un soporte a esa situación.

En términos tanto sociales como simbólicos, también envejecen cargando una serie de mitos en relación a su condición de personas mayores. Un grupo de profesionales e investigadores (Villaseca, P. E. Gutiérrez, P. Ríos et al.; 1995) del tema se refiere al imaginario de mujer mayor en nuestra sociedad de la siguiente forma:

i) Que hay una serie de imágenes, mitos y estereotipos de la sociedad, respecto de la mujer mayor, que permiten marginar o separar a las mujeres mayores del resto de la sociedad. Los mitos acerca de las mujeres mayores constituyen la base de creencias económicas, psicológicas, sociales y biológicas acerca de ellas. A pesar de que estas creencias son infundadas y negativas en su orientación, tienden a ser aceptadas como hechos. Por ejemplo, a las mujeres mayores se las caracteriza como pasivas, pobres, asexuadas, solitarias, obsoletas, inefectivas, conservadoras, enfermas crónicas y en necesidad de constante cuidado o institucionalización. En otras palabras, dependientes. Tales creencias o mitos, las empujan hacia la periferia de la sociedad chilena.

ii) Que las normas específicas de género basadas en el machismo —ese complejo sistema de dominación masculina— delimitan la vida de las mujeres durante todo su ciclo de vida y afectan directamente la calidad de vida de la mujer mayor. Esas mujeres son el producto de normas culturales que prescriben una dicotomía en los roles de hombres y mujeres. El poder, la toma de decisiones y el control pertenecen al mundo social de los hombres, mientras el de las mujeres ha sido uno de empobrecimiento, mutilación y minimización de sus intereses vitales y delimitación de sus existencias. (Citado en Osorio y Sadler; 2005:15-16)

Desde este punto de vista, la dimensión de género del envejecimiento se ha caracterizado por las ausencias. Pérez (1999) sostiene que dicha omisión y confusión es producto de cómo han sido caracterizadas las mujeres durante la vejez y cómo ha sido presentada esta realidad. Y ello, principalmente, porque ha sido descrita con los elementos intervinientes y característicos de las trayectorias vitales masculinas y a la luz de valores propios de la juventud. De esta forma, la vejez en las mujeres no sería una etapa deseable, y pareciera que lo femenino y lo masculino cruzado por la vejez no se encuentran.

En términos más generales, los marcadores de la edad social³ en la vejez se diluyen, desaparecen o no son reelaborados a través de nuevos ritos de paso de transiciones vitales. Debemos crear nuevas ritualidades para nuevas etapas y sentidos al interior del ciclo de vida. Quizá sea la infancia-adolescencia el periodo del curso vital mayormente definido y delimitado. El sistema educativo formal marca una cronología clara de los acontecimientos y experiencias durante esta etapa de la vida en mujeres y hombres. En otro tiempo lo fueron también el matrimonio, la actividad laboral o la llegada del primer hijo. Los cambios de la modernidad han relativizado estos últimos. No así la institución social de la educación.

El mundo laboral formal no ha sido históricamente el espacio de intervención de la mujer mayor ni de la mujer en general. Por lo tanto, la jubilación no ha constituido una experiencia propiamente femenina, cosa que sí comienza a ocurrir ahora. Tampoco se ha observado la jubilación como construcción socio-cultural, dentro de la realidad chilena respecto de las diferencias de género.

Por su parte, el mercado laboral ha cambiado, ha incorporado a las mujeres como un contingente significativo, y ha "fijado nuevos umbrales para entrar en la vejez y redefinido las fronteras entre actividad y jubilación". (Guillemard; 1991: 38) Se han establecido, a lo largo del ciclo vital, nuevas relaciones entre edad y experiencia laboral. Manifestándose directamente en la resignificación de los tiempos. Tiempos vitales y tiempos laborales.

Las mujeres mayores pertenecen a una generación que comienza a insertarse en el mercado de trabajo como profesionales, a través de estudios universitarios, pero siempre asumiendo también la total responsabilidad de lo que el trabajo reproductivo significa. El rol doméstico está presente en la experiencia cotidiana a lo largo de sus vidas, sobre todo asociado a responsabilidades al interior del hogar. Muchas de ellas, de jóvenes, han postergado la actividad laboral por un periodo de crianza y de desempeño del rol doméstico. Otras, no experimentaron su participación laboral divorciada de su desempeño doméstico, en cuanto se reconocen como parte de una generación que le ha tocado experimentar la doble jornada laboral (productiva y reproductiva), pero sin que una esté totalmente subordinada a la otra. Ellas asumieron ambas actividades con el consiguiente sacrificio que ello significa. En esta generación de mujeres, la relación con el cónyuge muchas veces también encierra la renuncia a la construcción de una identidad como mujer-trabajadora. Principalmente, porque los procesos de socialización y la transmisión de valores y prácticas culturales, marcan modelos de ser mujer, donde el ser mujer-esposa y mujer-madre se construye, muchas veces, en oposición a ser mujer-trabajadora.

Para el caso de las mujeres mayores trabajadoras y profesionales, conjugar la vida cotidiana con una participación activa y significativa en el espacio público, a través del desempeño laboral, las ha llevado a constituir su identidad durante la vejez con nuevos elementos, relaciones interpersonales y un autoconcepto positivo, que les permite un desarrollo más integral de sus potencialidades. Estos cambios y los nuevos procesos de construcción de identidad como trabajadoras, no siempre han ocurrido durante la juventud o coincidiendo

cronológicamente con la incorporación laboral en los varones. En muchas de ellas la experiencia laboral llega durante la madurez, y en otras, con la viudez:

De los treinta y tres años a los cuarenta fueron de aprendizaje nuevamente. Mi vida laboral comenzó cerca de los cuarenta años de edad. En ese tiempo, creo que me consolidé como identidad, y me empecé a parar en el mundo como una persona, primero como mujer: mujer-esposa, mujer-mamá, mujer-estudiante, y luego mujer-trabajadora. De los cincuenta a los sesenta años experimenté la consolidación de lo laboral, siendo mucho más importante el rol laboral como el eje de mi vida. (Profesional, 67 años)

Así, las relaciones conyugales pueden llegar a ser determinantes para la construcción de la identidad de mujer y para la vivencia del proceso de envejecer. Por lo mismo, en nuestro país, muchas mujeres vivencian la viudez como una verdadera liberación, que marca un cambio significativo en la construcción de su ser mujer-mayor, en cuanto comienzan o retoman, por ejemplo, la vida laboral ya mayores y cuando han enviudado. Desde ese punto de vista la viudez se presenta como un hito en sus vidas, que marca un antes y un después en su experiencia vital como mujeres mayores. Asimismo, la relación conyugal y el rol de esposa comienzan a abrir encrucijadas biográficas que significan la toma de decisiones y cambios vitales marcadores del proceso de envejecer.

Esa identidad se construye sobre la base de mirarse y descubrirse como mujer en el mundo, desarrollando aspectos que hasta entonces sólo figuraban como potencialidad. La edad subjetiva —más que cronológica— ha jugado un papel importante en el desenvolvimiento en el espacio público de las mujeres a través de su desempeño laboral.

Pareciera que los roles laboral y familiar (del hogar) se han acoplado y complementado satisfactoriamente en la vida cotidiana de las trabajadoras mayores. Su eficiencia *multirrol* lleva a que el desempeño de ambos roles se traduzca en un importante manejo social y equilibrio familiar. Las mujeres mayores han buscado constantemente la compatibilidad familiar, pero sin sacrificar su desarrollo profesional y laboral. Ambas identidades no son vividas como inconciliables en la experiencia cotidiana. Es un todo de vida, integrado, muy bien conjugado, pero siempre con una gran cuota de sacrificio y sin dejar de estar implícito el sentimiento de culpa, propio de una generación y de su proceso de socialización, que les reforzó su 'deber' como mujer: ser ante todo madres y esposas, y que la decisión de llevar a cabo estudios y trabajar fuera del hogar pondría en riesgo el correcto funcionamiento del espacio doméstico y la crianza de las hijas e hijos. Al observar esta realidad desde un punto de vista de género, nos encontramos con que la capacidad para desarrollar un trabajo y hacerlo bien, ha convivido, en las actuales mujeres mayores chilenas, con el hecho de que hallan sido socializadas para que su proyecto de vida sea subsidiario del proyecto de vida de otros, maridos, padres, hijos, etc. Así, cuando la mujer trasciende la esfera de lo privado y se incorpora a una actividad laboral profesional, va construyendo su cotidianidad y su proceso de envejecer con ambos elementos, el familiar y el laboral. Para las mujeres de la generación mayor, integrarse al trabajo significó integrarse al mundo —en un sentido muchísimo

más amplio que en el caso de los varones, donde su presencia en la esfera pública ha sido históricamente legitimada.

En la actualidad, y para el caso de las mujeres, la tradicional asociación jubilación-vejez, se disocia y se significan en carriles separados. A lo largo de la vida no se piensa en la jubilación, sólo se toma conciencia cuando ya se es trabajadora mayor. Como trabajadoras mayores, otro aspecto central en la creación de expectativas ante su vejez, está dado por las condiciones económico-personales que acompañan la salida definitiva del mercado laboral.

En sectores rurales y en algunas zonas del sur de Chile, la jubilación en términos de dejar de trabajar prácticamente no existe. Incluso decir 'mujer trabajadora' adquiere una connotación de redundancia. La mujer mayor es de por sí trabajadora, lo ha sido desde muy temprana edad, sobre todo fuera del hogar, y otras veces ambas actividades —la doméstica y la laboral— están muy imbricadas y las constituye en un solo estado de mujeres trabajadoras. Para ellas la vejez se asocia a estados de salud, sobre todo a aquel momento de la vida en que llegan las enfermedades que les impiden seguir trabajando en sus labores de artesanas, agricultoras, pescadoras y recolectoras. Producto de la política pública de pensiones asistenciales y de gracia, al cumplir los 60 años, gran parte de estas mujeres comienza a recibir este dinero, que en el fondo no sólo significa un ingreso para ellas sino también, el sustento de toda una familia: sus hijos y los hijos de estos (sobre todo, hijos e hijas solteros). Este hecho es tremendamente significativo y grafica muy bien la situación de las mujeres mayores jefas de hogar en Chile. Las cuales representan el 38,2%, cifra superior a la proporción de mujeres jefas de hogar en otros tramos de edad (en menores de 29 años es de 21,3%, y entre 30 y 59 años es del 22%).⁴ Vale decir, que dentro de la precariedad económica que caracteriza la situación de las mujeres mayores, dada la feminización de la pobreza, característica de nuestro país, las mujeres durante la vejez son un verdadero sustento de sus núcleos familiares, no sólo de cuidados y emocional, sino también económico.

No es la cercanía de la muerte a lo que más temen. Es al deterioro. Pues el deterioro genera dependencia y la dependencia es vista como una muerte social. Lo relevante de los avances en biomedicina y de las mejoras en las condiciones de vejez de las personas es que justamente retardan la llegada y reducen los grados de dependencia. Si bien, la dependencia también se la relaciona con un estado de vejez, esta es posible prevenirla y prepararse para que no sea sinónimo de carga ni social ni familiar durante la vejez. Para ellas, gran parte de esa prevención radica en conocer, organizar y preparar la llegada del estado de dependencia, por medio de una vejez más autónoma. Desde ahí también emerge la imagen o idea de vejez como no poder valerse por sí misma, ya vivida con sus propias madres. De la familia demandan compañía y preocupación, no abandono, pero no proyectan su vejez sobre la expectativa de ser una responsabilidad de hijos o familiares cercanos.

Las mujeres mayores en Chile comenzarán a protagonizar una nueva generación de personas mayores, donde la vejez que esperan vivir sea una vejez activa, saludable, participativa en su propio cuidado, y productiva en términos sociales e individuales.

La construcción de identidad como mujer mayor va muy vinculada a la identificación con una edad social y una edad sentida, o sea, sentirse y saberse mayor y desde ahí construir redes de relaciones sociales.

Para la actual generación de mujeres mayores, el modelo de vejez más directo es el de la madre. En base a él se construye una imagen de vejez que influye en la expectativa frente a la propia. Esta imagen se maneja, principalmente, en términos de estados de salud, grados de abandono y el consecuente malestar que ello causa en la vida de las personas. Y en ese sentido, esas imágenes de vejez no son deseables de ser vividas por las hijas. Sin embargo, muchas de ellas todavía tienden a naturalizar los estados de vejez, y frente a ello se cree que se vivirá el proceso en cuanto deterioro y enfermedades tal como lo han visto en sus madres ancianas. Se reconoce que se envejece como se ha vivido, por lo tanto, si la vida de la madre fue más difícil y dura, su vejez también estará marcada por ello. Frente a esto, la longevidad es un elemento distintivo y positivo para tener una vejez diferente a la de la generación de sus madres.

Al comparar la relación madre-hija con sus madres y la relación madre-hija que sus propias hijas tienen con sus nietas y nietos, se visualiza un cambio generacional. Este cambio se relaciona con las mayores oportunidades de una mayor instrucción, educación y preparación que ellas les han podido dar a sus hijas: "es lo único que una le puede dejar a los hijos", dicen varias. Esas nuevas oportunidades encierran desigualdades de género significativas respecto de la generación de abuelas, madres e hijas. Cuando a la generación de las actuales mujeres mayores se les daba una mayor educación, esta era encauzada en sus hermanos, o sea, los hijos hombres eran los que recibían más educación, porque las hijas mujeres debían ayudar a las madres viudas, sobre todo en las zonas rurales, en la crianza de los hermanos y hermanas pequeñas. En las nuevas generaciones las oportunidades educacionales se están dando con mayor igualdad en hijas e hijos.

Ante la pregunta ¿cómo envejecen las mujeres en Chile? Podemos afirmar que envejecen como han vivido. La vivencia de la vejez en las mujeres en Chile se construye sobre una serie de cambios. Cambios significativos fundamentados en lo que se ha vivido, en la memoria. Son las experiencias y vivencias las que permitirán a las mujeres vivir esos cambios con sabiduría, juzgando, pero también recogiendo la vida pasada desde el presente para proyectarse hacia el futuro como mujeres mayores.

Esto en términos biográficos y socio-individuales, pero ¿qué ocurre a nivel macro social y de políticas sociales, vale decir, en relación al contexto social en que envejecen las mujeres en Chile? Sabemos que se envejece en determinados contextos socio-históricos y esto no ha sido favorable o incluso para las mujeres de edad. Nuestra sociedad prácticamente ha invisibilizado su existencia de género y edad: las mujeres mayores son invisibles para la política de género y de vejez en Chile.

Podemos afirmar que a pesar de los numerosos cambios dados en relación al proceso de envejecimiento, la pobreza y la desigualdad son aún realidades que caracterizan la vejez de numerosas mujeres chilenas en el siglo veintiuno. A pesar de que ellas se han ido ganando

espacios, gran parte envejece desde la invisibilidad y la vulnerabilidad. Las mujeres en nuestro país no envejecen ejerciendo derechos ciudadanos. Desde este punto de vista la discriminación es una característica que atraviesa la realidad de la vejez femenina. Como sociedad tenemos mucho que hacer al respecto y una gran tarea nacional a las puertas del Bicentenario.

NOTAS

- 1 En términos demográficos, se entiende la longevidad como el proceso mediante el cual, por cada año que transcurre se gana un mes de esperanza de vida como promedio.
- 2 La experiencia se construye a partir de fenómenos y determinadas categorías sociales, que a su vez son formas de construcción de la realidad. Así visto, la experiencia es la manera de incorporación al mundo por medio de emociones y sensaciones. Es más bien una actividad que estructura la vida cotidiana. En Dubet (1994) la noción de experiencia adquiere sentido en cuanto el actor no está completamente socializado. Y ello ocurre porque la acción social no posee unidad y no se la puede reducir a un programa único. Por lo tanto, no existe una socialización total. La mujer está socializada en la medida en que aún se puede socializar. Si la socialización nunca es un proceso acabado, la experiencia de envejecimiento de las mujeres como miembros de la sociedad, las introduce en una permanente socialización hacia la menopausia, viudez, vejez y jubilación como parte de esa socialización.
- 3 Entendemos por *edad social* una serie de contenidos socio-culturales ligados a una serie de roles sociales y a una determinada edad cronológica. Es la interconexión entre la existencia de una persona en un punto de su historia individual y la realidad socio-cultural, su ser en sociedad. También da cuenta del conjunto de expectativas que toda cultura establece en torno al comportamiento social de hombres y mujeres en las diferentes etapas del ciclo vital.
- 4 Encuesta CASEN Adulto Mayor 2003, MIDEPLAN, p. 8.

BIBLIOGRAFÍA

- Arber y Ginn. "Mera conexión. Relaciones de género y envejecimiento", y "Género y envejecimiento: ¿un nuevo comienzo?" En Arber y Ginn, *Relación entre género y envejecimiento*, Narcea Ediciones, Madrid, 1996, pp. 17-34; 241-247.
- Guillemard. *Envejecimiento, edad y empleo*. Instituto de Estudios de Prospectiva, Madrid, 1991.
- Osorio. P. "La longevidad más allá de la biología. Aspectos socioculturales", en *Papeles del CEIC*, n° 22, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, 2006, <http://www.ehu.es/CEIC/pdf/22.pdf>
- Osorio y Sadler. "La construcción socio-cultural de la vejez desde una mirada de género". En Dr. González, O y R. Renéré (Ed.) *Climaterio en la atención primaria* Universidad de Chile, Facultad de Medicina, Ministerio de Salud y Escuela de Obstetricia. Editorial Bywaters, Santiago de Chile, 2005, pp. 7-20.
- Pérez. *La feminización de la vejez*, Centre d'études démographiques, Barcelona, 1999.
- Villaseca, P. E. Gutiérrez, P. Ríos et al. "Mujer y Vida después de los sesenta: género y salud, el despertar de una conciencia crítica". En Donoso Valenzuela, N y S. Passoa Bertoni (ed). *Mujer, salud y desarrollo*. Organización Panamericana de la Salud, Ministerio de Salud y Servicio Nacional de la Mujer. Santiago de Chile, 1995.